

Sres

Tengo casi la certeza de ser aquí el más antiguo conocido y conocedor de Fernando Castillo -con excepción, por supuesto de sus hermanos Jaime y Nena- y ello me autoriza a participar en esta fiesta dedicada al querido y flamante octogenario.

Compañero de Colegio y de Universidad, conocí a sus padres: Don Eduardo, con su vena poética y doña Elena, dedicada desde siempre y por entero a ayudar a los enfermos y necesitados. Una buena escuela para Fernando! Porque ¡Quien lo hereda, no lo hurta!

Junto a otros amigos, formamos un equipo de arquitectos que trabajó cerca de 25 años con mucho entusiasmo y sin conflictos. Apenas iniciadas nuestras actividades profesionales Fernando se fué a los EEUU para seguir un curso de vuelo del cual después de algunos meses de peligrosos ejercicios regresó -gracias a Dios- sano y salvo. Como un talismán, traía consigo un carnet en que aparecía con uniforme de aviador norteamericano y que sabiamente administrado, durante largos años le permitió estacionar su auto en lugares inverosímiles.

En su primera casa -una lograda síntesis de Le Corbusier y de Mies van der Rohe en sólo 125 m²- vivimos y gozamos sus amigos tardes inolvidables de cordialidad, de diálogo fraternal y de sana alegría. Fernando nos impactaba con su "salto del pescado" en vuelo horizontal sobre una fogata y sin sufrir daño alguno al caer. No cabe duda que en su curso de vuelo le habían inculcado buenas prácticas de aterrizaje. Y terminaba declamando versos de su padre "El Gladiador desnudo" vestido, por supuesto, de gladiador desnudo (o semidesnudo).

En cuánto arquitectos los cuatro socios que éramos, coincidíamos en una irrestricta adhesión a los postulados del llamado MOVIMIENTO MODERNO. Pero, siempre hay individualidades. Siempre hay matices. A Fernando lo distinguía su espíritu cuestionador, su reticencia a aceptar soluciones conocidas por buenas que fueran -o lo parecieran-, por su búsqueda permanente de nuevas visiones y metas. Cuando aparentemente correspondía respetar el sentido ortogonal de los trazados urbanos, Fernando exploraba la viabilidad de colocar los volúmenes edificados en diagonal. Proponía apoyos inclinados para estructuras cuya verticalidad parecía de cajón. Estudiaba techos de agua, es decir techos tipo laguna en reemplazo de tantos materiales fabricados especialmente para defenderse del agua. Planteaba edificios en que los departamentos en vez de acumularse y superponerse desde el suelo hacia arriba, colgaran de lo alto desde grandes vigas horizontales, tal como cuelga la fruta madura de las ramas de los árboles. Y muchas de estas ideas transgresoras llegaron a materializarse.

Fernando contribuyó a la fortaleza del grupo con sus innegables cualidades de imaginación creadora y capacidad de gestión, con su trabajo firme y constante, con su tolerancia, su optimismo, su desinterés y su lealtad a toda prueba.

Pero, un día, casi sin darnos cuenta, llegamos al final de una etapa.

Fernando dió vuelta la hoja y emprendió nuevos y más trascendentales tareas.

Bueno: los 3 minutos que me costó decir Mónica, también llegaron a su fin. —